



Applebaum, Anne (2021). *El ocaso de la democracia: la seducción del autoritarismo*

Teodoro Campos*

Editorial: Debate.
ISBN: 978-84-18056-58-1.

En *El ocaso de la democracia: la seducción del autoritarismo*, Applebaum analiza la lucha entre democracia y dictadura, basándose en sus propias vivencias y su conocimiento de la Europa contemporánea y de los Estados Unidos de Norteamérica, resaltando lo perpetuo y las particularidades de los peligros políticos que enfrentamos hoy. Applebaum es una ganadora del premio Pulitzer como autora de libros sobre la Unión Soviética y la Europa del Este en los cuales reconoce que la historia se mueve en ciclos y exhibe ciertos patrones y tendencias, sosteniendo a su vez que la gente siempre tiene opciones al explorar y analizar las razones por las cuales las personas importantes, en particular los intelectuales, muchas veces toman decisiones que socavan la democracia.

La autora describe la importancia de las élites intelectuales para el surgimiento de autoritarios, tanto de izquierda como de derecha, al recordar, por ejemplo, el trabajo elaborado por el ensayista francés Julien Benda en 1927 en el que condena a los ideólogos tanto de extrema izquierda como de extrema derecha que pretendían fomentar la “pasión de clase”, en forma de marxismo soviético, o la “pasión nacional”, en forma de fascismo, acusando a ambos grupos de traicionar la labor esencial del intelectual y la búsqueda de la verdad en favor de determinadas causas políticas concretas.

Basándose en historias de personajes históricos y en el comportamiento de algunos de sus antiguos amigos y conocidos, Applebaum sostiene que la motivación que lleva a mucha de esa gente a darles su apoyo a personajes autoritarios se basa simplemente en la obtención de algún beneficio personal. Muestra cómo en Europa del Este, por ejemplo, los intelectuales a menudo se asocian con demagogos a cambio de estatus social y recompensas materiales. Señala, por ejemplo, cómo en Hungría un partidario del primer ministro y líder conservador Viktor Orban recibió, durante dos décadas, la financiación y el apoyo político necesarios para supervisar “su museo” y un par de institutos

* Abogado egresado de la Universidad Central de Venezuela (1994), máster en Educación y Desarrollo de la Fuerza Laboral de la Pennsylvania State University (1999) y doctor en Desarrollo de Recursos Humanos de la George Washington University (2004). El profesor Campos imparte asignaturas y seminarios en la UCV y la UCAB en los temas de organización y gestión.

históricos. Del mismo modo, señala cómo en Polonia el director de la televisión estatal ganó su puesto a cambio de apoyar a Jaroslaw Kaczynski, el líder populista de derecha del partido gobernante Ley y Justicia.

Además del beneficio personal, Applebaum observa que la “desesperación cultural” ha empujado a algunos intelectuales a los brazos de los demagogos. La autora se basa en el trabajo del historiador germanoestadounidense Fritz Stern (él mismo un “migrante” de familia judía que se fue de Breslau a Nueva York en 1937), quien en su tesis de doctorado en Historia de la Universidad de Columbia (1953) titulada *Cultural Despair and the Politics of Discontent: A Study of the Rise of the Germanic Ideology* (obra ligeramente redenominada para su publicación en forma de libro en 1961 como *The Politics of Cultural Despair: A Study in the Rise of the Germanic Ideology*) sostuvo que la decadencia espiritual y nacional de Alemania fue una fuerza subyacente en el surgimiento del nazismo. El mismo Stern, en su primer libro publicado en la década de 1960, habría redactado una serie de breves biografías de diversos intelectuales alemanes que vivieron en un periodo de intensos cambios sociales, políticos y económicos quienes, en su criterio, habrían sido afectados por ese sentimiento de “desesperación cultural”. Del mismo modo, Applebaum señala que, a finales del siglo XIX, un “oscuro” historiador de arte alemán de nombre Julius Langbehn habría descrito la tendencia “democratizadora” como una causa de la disipación de la cultura alemana, cuando en un libro titulado *Rembrandt as Educator* (1890) empezaba expresándose con estas palabras:

Poco a poco se ha convertido en un secreto a voces el hecho de que la contemporánea vida espiritual del pueblo alemán se halla en un estado de lenta decadencia; algunos dirán incluso que de rápida decadencia. En todas partes la ciencia se ha disipado en especialización; en el campo del pensamiento y la literatura se echan a faltar personas capaces de hacer época [...] Sin duda, la tendencia democratizadora, niveladora y atomista de este país se expresa en todo esto.

El retrato que hacía Julius Langbehn del pintor holandés Rembrandt en ese libro, de acuerdo con Applebaum, era una suerte de “nostalgia restauradora”, un tratado cuasi filosófico del autor para quien Rembrandt representaría un ideal, “la forma más elevada de vida, arte e individualidad” y, a la vez, representaba algo que para ese momento se había perdido: “en comparación con Rembrandt, los hombres modernos... [eran] ‘demócratas’ en un sentido peyorativo, hombres corrientes sin ideales, sin sueños, sin talento”. Para Applebaum, este libro de Langbehn “estaba impregnado de nostalgia por una época distinta y mejor, una época en la que los hombres eran activos y no pasivos, una época en la que los grandes líderes podían dejar su huella en el mundo”.

En todo el mundo existen numerosas versiones distintas de personajes autoritarios, desde la Rusia de Putin hasta las Filipinas de Duterte. En Gran Bretaña, según la autora, la Unión Europea se convirtió en una especie de fijación para “conservadores nostálgicos”. La noción de “Europa” se convirtió en la encarnación de “todo lo que había salido mal”, incluida “la mediocridad de la cultura británica, la fealdad del capitalismo moderno y la falta general de vigor nacional”. En España, intelectuales del partido de derecha VOX insistieron en que la civilización cristiana se enfrentaba a una amenaza inminente de un “enemigo islámico”. Applebaum muestra cómo esos temores han llevado a los

intelectuales a argumentar que cualquier medio (abrazar a líderes corruptos y amorales, atacar al poder judicial y la prensa, participar en el nepotismo y la corrupción, aceptar el dinero ruso) justifica el fin de evitar el apocalipsis.

De modo similar, Applebaum señala que en los Estados Unidos hoy en día los intelectuales de derecha creen que los demócratas y las élites liberales representan una amenaza existencial para la identidad nacional estadounidense y los valores cristianos. Actualmente, los estadounidenses ya están familiarizados con las formas en que una mentira puede incrementar la polarización e inflamar la xenofobia: mucho antes de presentarse a la presidencia, Donald Trump entró en la política promoviendo lo que ha dado en llamarse *birtherism*, esto es, la falsa premisa de que el presidente Barack Obama no habría nacido en los Estados Unidos, una teoría conspiranoica que le permitió alcanzar el poder y que se subestimó gravemente en aquel momento.

Otra razón por la cual algunos intelectuales habrían “caído presa” del autoritarismo, a criterio de Applebaum, es que muchos de ellos nunca habrían sido realmente demócratas. Reflexionando acerca de lo que unía a los intelectuales de derecha durante la Guerra Fría, Applebaum concluye que lo que vinculaba a todo estos no era precisamente su amor por la democracia, sino más bien su odio por el comunismo; y cuando el comunismo colapsó, ergo, también lo hicieron los lazos que los unían. Applebaum y todos esos intelectuales por los que todavía siente algún tipo de “parentesco” odiaban el comunismo porque era antidemocrático y anticapitalista; pero otros de la derecha odiaban el comunismo principalmente porque aplastaba las identidades nacionales, la religión organizada y las jerarquías tradicionales. Cuando quedó claro que la democracia liberal también amenazaba estas cosas, los antiguos amigos de Applebaum le dieron la espalda, al igual que lo habían hecho con el comunismo décadas antes.

Para explicar por qué los ciudadanos promedio resultan susceptibles a la tentación del autoritarismo, la autora se refiere a la noción de una “personalidad autoritaria”, ya previamente identificada por la filósofa del totalitarismo Hannah Arendt. La persona susceptible a los encantos autoritarios es, en la descripción de Arendt:

un individuo radicalmente solitario que, 'sin ningún otro vínculo social aparte de la familia, amigos, camaradas o incluso meros conocidos, encuentra su sentido de tener un lugar en el mundo únicamente en su pertenencia' a un movimiento, en su afiliación al partido.

Para dar cuenta de lo que considera como una “personalidad autoritaria”, Applebaum hace alusión a aquellas personas incapaces de tolerar la complejidad y que sospechan de todo aquel que piense distinto. También menciona a Karen Stenner, una economista conductual que empezó a investigar los rasgos de personalidad hace dos décadas atrás, quien argumenta que alrededor de una tercera parte de la población de cualquier país tiene lo que ella denomina una “predisposición autoritaria”, un término de “menor rigidez” que el de “personalidad autoritaria”. Esa predisposición autoritaria constituiría una tendencia a favor de la homogeneidad y el orden, y pudiera ser inherente a alguien, a diferencia de la “predisposición libertaria” que más bien favorece la diversidad y la diferencia, lo cual pudiera también ser inherente a la persona.

No es difícil coincidir con Applebaum en cuanto a que el autoritarismo es algo que atrae exclusivamente a las personas que no toleran la complejidad, por cuanto no hay nada intrínseco “de izquierdas” o “de derechas” en ello. El autoritarismo es meramente antipluralista, tiene que ver con el recelo respecto de las personas con ideas distintas, y no da espacio a los debates acalorados. Resulta irrelevante que quienes lo ponen de manifiesto deriven su postura política, en última instancia, del marxismo o del nacionalismo. Para la autora, el autoritarismo se trata de una actitud mental y no de un conjunto de ideas.

Monarquía, tiranía, oligarquía, democracia, son todas formas de organizar las sociedades, señala la autora, que ya les resultaban familiares a Platón y Aristóteles desde hace más de dos mil años, poniendo de relieve que:

El Estado unipartidista antiliberal que hoy está presente en todas partes del mundo —piénsese en China, Venezuela o Zimbabue— no surgiría hasta 1917, cuando se desarrolló en Rusia de la mano de Lenin. En los manuales de ciencias políticas del futuro tal vez se recordará al fundador de la Unión Soviética no solo por sus ideas marxistas, sino también por ser el inventor de esta persistente forma de organización política. Es el modelo que utilizan hoy muchos de los autócratas del mundo. A diferencia del marxismo el Estado unipartidista antiliberal no es una filosofía política. Es un mecanismo para mantener el poder que funciona a las mil maravillas en compañía de múltiples ideologías. Y lo hace porque define con nitidez quién constituye la élite, ya sea política, cultural o financiera.

Del mismo modo, en esta obra Applebaum resalta, de manera explícita, que en las últimas décadas ha habido muchos ejemplos —desde el Túnez de Ben Ali hasta la Venezuela de Hugo Chávez— de Estados unipartidistas de facto que controlan las instituciones estatales y limitan la libertad de asociación y expresión, que a la vez permiten que haya una “oposición simbólica”, siempre y cuando dicha oposición no suponga una amenaza real para el partido gobernante. Es preciso acá hacer una remisión directa a las palabras de la propia Applebaum:

Esta forma de dictadura blanda no requiere una violencia masiva para mantener el poder. Lejos de ello, opera apoyándose en un cuadro de élites que dirigen la burocracia, los medios de comunicación públicos, los tribunales y, en algunos lugares, las empresas de titularidad pública. Esos modernos *clercs* entienden muy bien su papel, que consiste en defender a los líderes por más deshonestas que sean sus declaraciones, por más extendida que sea su corrupción y por más desastroso que resulte su impacto en las instituciones y en la gente corriente. A cambio, saben que serán recompensados y promocionados. Los más estrechos colaboradores del líder del partido pueden llegar a hacerse muy ricos y obtener lucrativos contratos, o puestos en los consejos de administración de las empresas públicas, sin tener que competir por ellos. Otros pueden contar con un salario público, además de protección frente a potenciales acusaciones de corrupción o incompetencia: por muy mal que lo hagan, no perderán su trabajo.

Applebaum encuentra pertinente hacer referencia a un breve encuentro que tuvo lugar en Varsovia con el editor venezolano Moisés Naím pocos meses después de que el partido Ley y Justicia llegara al poder. Dice Applebaum que Naím le pidió que le describiera a los nuevos líderes polacos, preguntándole cómo eran personalmente esas personas, y que ella le respondió dándole “algunos adjetivos: malhumorados, vengativos, resentidos...”, a lo cual Naím replicó de manera inmediata: “Pues se parecen a los chavistas”. Applebaum, entonces, relata un viaje breve que hizo a Venezuela poco tiempo después:

TEODORO CAMPOS

Yo misma viajé a Venezuela a comienzos de 2020 y me sorprendió la infinidad de aspectos en los que el país se parecía no solo a los antiguos estados marxista-leninistas, sino también a los nuevos regímenes nacionalistas. Por un lado, el desastre económico y una hambruna silenciada y encubierta; por otro, ataques al Estado de derecho, a la prensa, al ámbito académico y a las míticas *élites*. La televisión pública emitía propaganda repetitiva y descaradas mentiras; la polarización era tan marcada que se visibilizaba en la propia geografía de Caracas. En ese sentido, la ciudad me recordó tanto a la Europa del Este en el pasado como a algunas partes del mundo occidental en el presente.

El ocaso de la democracia ofrece muchas lecciones sobre la larga lucha entre democracia y dictadura. Los autoritarios, en palabras de Applebaum:

necesitan personas que puedan usar un lenguaje legal sofisticado, personas que puedan argumentar que violar la constitución o tergiversar la ley es lo correcto. Necesitan personas que den voz a las quejas, manipulen el descontento, canalicen la ira y el miedo e imaginen un futuro diferente.

Esta obra de Applebaum permite entender que quizás lo más importante es lo frágil que es la democracia: su supervivencia depende de las decisiones que toman todos los días las élites y la gente común. De esta obra puede concluirse con algunas ideas relevantes: (a) no existe una hoja de ruta para una sociedad mejor; (b) no hay una ideología didáctica; (c) no hay reglas específicas a seguir; (d) todo lo que podemos hacer es elegir a nuestros aliados y amigos, pues, solo con ellos, juntos, unidos, es posible evitar las tentaciones de las diferentes formas de autoritarismo.